

Julio Scherer: entrevistas para la Historia

Ignacio Solares

Julio Scherer ha sabido templar en su pluma la calidad literaria y la valentía de un periodismo trascendente. Ignacio Solares afirma, refiriéndose al notable trabajo del también editor, que “la hermosa paradoja es que cuanto más literario es el periodismo y más periodística cierta literatura, más históricos y más operantes se vuelven”.

A mediados de 1941, poco después de regresar del exilio, el general Plutarco Elías Calles aceptó la invitación de su amigo, el general José María Tapia —exgobernador de Baja California, exdirector de correos y senador— para asistir a una sesión espiritista en una casona de Tlalpan, a pesar de su incredulidad ante tales charlatanerías. Incluso, había escrito que él sólo podía encontrar consuelo y refugio en “las cosas de la razón”. Gutierre Tibón, en *Ventana al mundo invisible* —un trabajo exhaustivo sobre las sesiones espiritistas del Instituto Mexicano de Investigaciones Psíquicas entre 1940 y 1951— consigna la primera sesión en la que aparece la firma del general Calles: 9 de julio de 1941.

Su conversión fue total, sin fisuras ni regreso “a las cosas de la razón” y, a partir de esa fecha, no dejó de asistir a las sesiones de la casona de Tlalpan hasta unas semanas antes de su muerte. El escándalo que sin reme-

dio implicó, llegó a las páginas del *Newsweek*. El propio Gutierre Tibón reproduce la nota del otoño de ese mismo 1941, en la que el periódico norteamericano aseguraba que Calles se había convertido... al catolicismo. ¡El general Calles, que desató la guerra religiosa más absurda que conozca este país, con más de noventa mil muertos, dejaba de ser lobo y se volvía una mansa oveja de la grey cristiana! Cuenta Gutierre Tibón que una noche encontró al general en casa del doctor Abraham Ayala González y le preguntó si la noticia del *Newsweek* —que entre tanto se había reproducido en forma destacada en la prensa mexicana— correspondía a la verdad. Calles se encogió de hombros y dijo que en ese momento tales escándalos o etiquetas lo tenían sin cuidado y que lo importante, lo único importante, era su certeza en “el otro mundo”, al grado de que, en efecto, se había hecho muy amigo de un jesuita, Carlos María de

Heredía —autor de *Un reportero en tiempos de Cristo*— al que, a su vez, él estaba convirtiendo... al espiritismo (lo que finalmente logró). “Hay que enfrentar un más allá incuestionable”, concluyó Calles. En una carta de unos años después al general Tapia, le confiesa que no sólo asistía “religiosamente” a sus sesiones espiritistas cada semana sino que en algunas ocasiones, a solas en su estudio, había logrado ver “algún fantasma”.

Esta sorprendente confesión me sugirió una obra de teatro: *El jefe máximo* en la que, en efecto, en su estudio, a solas, Calles recibe al fantasma del Padre Pro, a quien mandó fusilar en pleno centro de la ciudad, convocando a la prensa, a invitados especiales y hasta a los padres de los fusilados, como parte de una severa lección al revoltoso clero de aquellos tiempos. Pero no sólo al Padre Pro. Se decía que ya siendo Presidente, veinticinco generales y más de ciento cincuenta personas fueron fusilados sin juicio previo. Y para mandar asesinar a su amigo Pancho Serrano en Huitzilac, tampoco se tentó el corazón.

¿Podía ser el mismo personaje, en el sentido más teatral del término, el que unos años después asistiría “religiosamente” a sus sesiones espiritistas y se hizo amigo íntimo de un sacerdote jesuita?

El testimonio más valioso sobre “aquel” Calles despiadado y antirreligioso lo encontré en una serie de entrevistas que Julio Scherer hizo en 1961 en *Excelsior* con el general Roberto Cruz, Jefe de Policía en aquel entonces y a quien Calles ordenó la investigación y el castigo a los supuestos culpables del atentado contra Álvaro Obregón en Chapultepec. (Habría que recordar que este atentado ocurrió ocho meses antes del otro, en La Bombilla, en que Obregón fue asesinado por León Toral.) Cuenta Cruz que Calles le dijo:

—Esos individuos son implacables en sus procedimientos. Ahora fue el general Obregón, mañana seré yo, después usted. Así es que dé las órdenes correspondientes y proceda a fusilarlos a todos.

—¿A todos?

—A todos.

Le dije entonces, con todo el respeto debido, que si no le parecía más conveniente que los consignáramos a las autoridades judiciales, a un tribunal.

—¡No! —respondió.

Ahí quedó esa palabra, vibrante, única, momentáneamente absoluta.

—Hay que cortar el mal a tiempo, general Cruz. Ejecútelos y en cuanto esté cumplida la orden, venga a darme cuenta de ella.

Respecto a Pancho Serrano, dice Cruz a Scherer:

—Que yo sepa, no se les abrió proceso.

—¿Entonces?

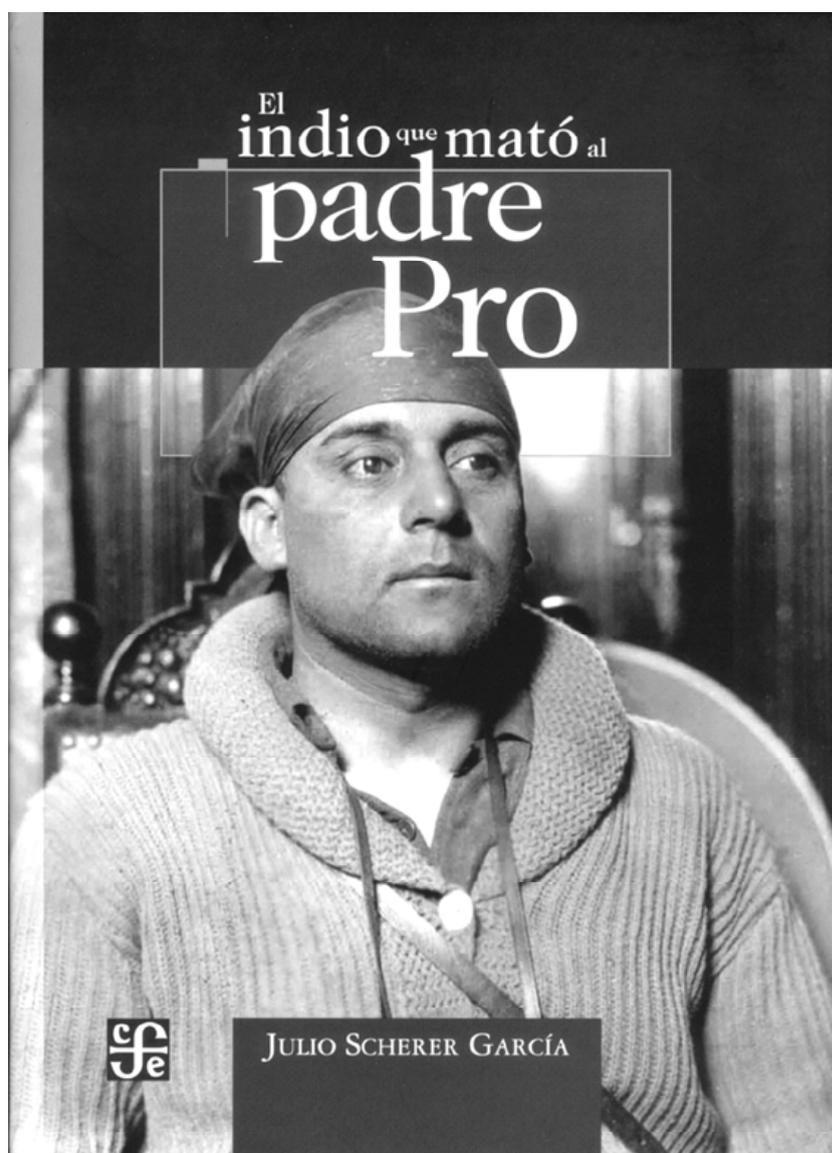
—Se ordenó al general Fox que saliera a recibir al general Serrano y sus compañeros en el camino de Cuernavaca, por Huitzilac, y que los matara ahí mismo.

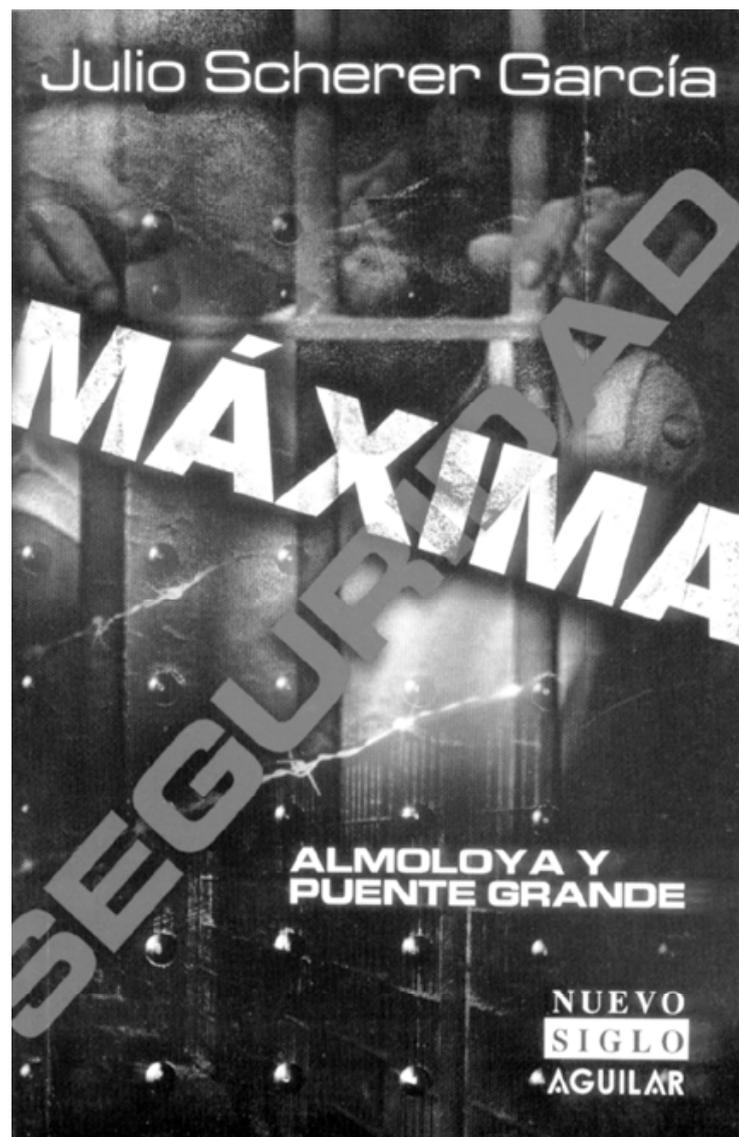
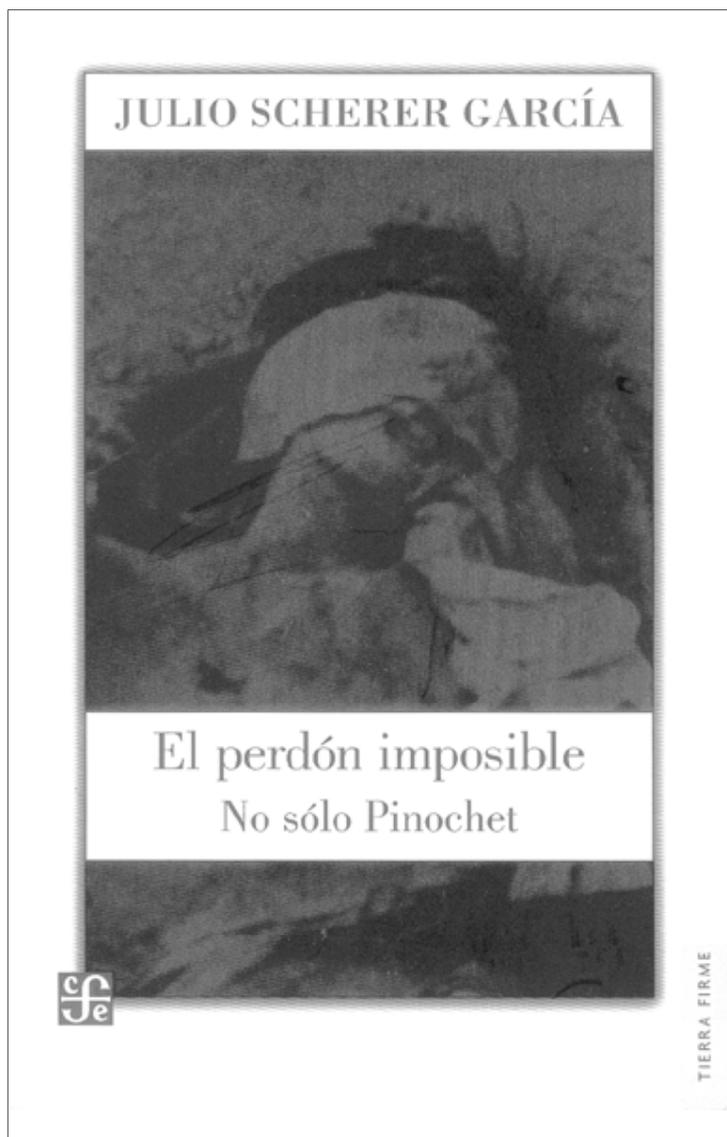
Y un poco más adelante agrega Cruz:

—Yo quise salvar a Serrano. Con todo respeto, con el mayor comedimiento, le supliqué al presidente Calles: “No fusile usted a Pancho. Ha sido amigo nuestro. La asonada que intentó no tiene importancia ni ha puesto en peligro la estabilidad del gobierno. No lo mate. Dépórtelo a Estados Unidos o enciérrelo en Tlatelolco”.

Conversaban el presidente de la República y su inspector de Policía en el Salón del Consejo de Ministros del Castillo de Chapultepec. No estaban sentados sino de pie y de vez en cuando daban algunos pasos en dirección indeterminada. Cerca de ellos, pero a prudente distancia, aguardaban otras personas, entre ellos algunos secretarios de Estado y oficiales del Ejército.

—No lo mate, general —insistía Roberto Cruz.





Pero Calles, inflexible, incapaz en esos momentos de la más leve vibración humana, respondió con voz lenta, al parecer tranquila, pero extremadamente severa por la resolución que la acompañaba.

—No se puede. Un acto de rebelión en contra del gobierno debe reprimirse siempre con mano de hierro.

¿Esa misma mano de hierro que años después, a solas, en su estudio, se volvería ligera como una pluma para palpar en el vacío, para intentar alcanzar los evanes-

centes fantasmas de sus víctimas? En efecto, un personaje de lo más teatral.

Estas reveladoras entrevistas de Julio Scherer en 1961 con Roberto Cruz aparecen ahora en forma de libro, editado por el Fondo de Cultura, bajo el título *El indio que mató al padre Pro*. Una obra periodística, en el sentido egregio que puede alcanzar este género, pero también histórica y literaria gracias al talento y al rigor estilístico del entrevistador. Por lo demás, su actualidad es abrumadora. Estas entrevistas muerden carne a cada

La vocación de Julio Scherer en esto no ha tenido pausas ni fisuras al abordar lo que podríamos llamar el Mal en su más inmediata y encarnada acepción...

línea, carne viva, en una realidad política y moral de la que somos polvos de aquellos lodos, y nos permiten entendernos y entender mejor el camino recorrido hasta hoy. *Tiempo de saber*, llama Scherer a otro de sus libros, escrito en colaboración con Carlos Monsiváis. Así podría titularse la obra en conjunto de Scherer: *Tiempo de saber*.

En algún momento de la larga entrevista, agrega el general Cruz:

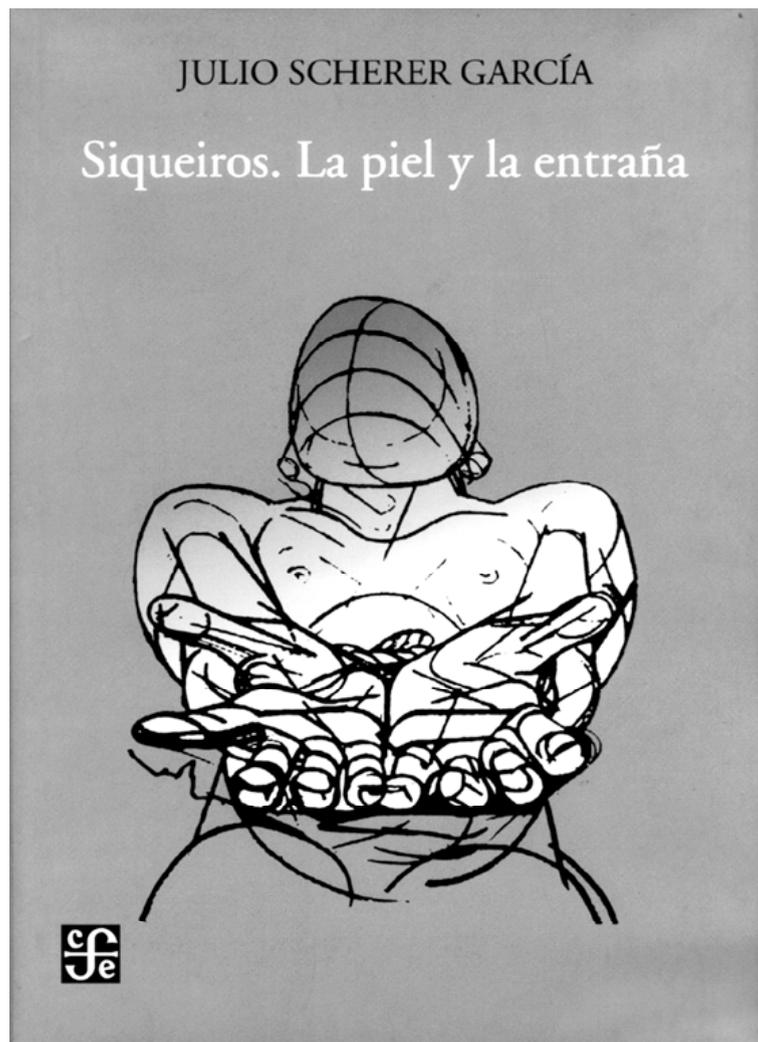
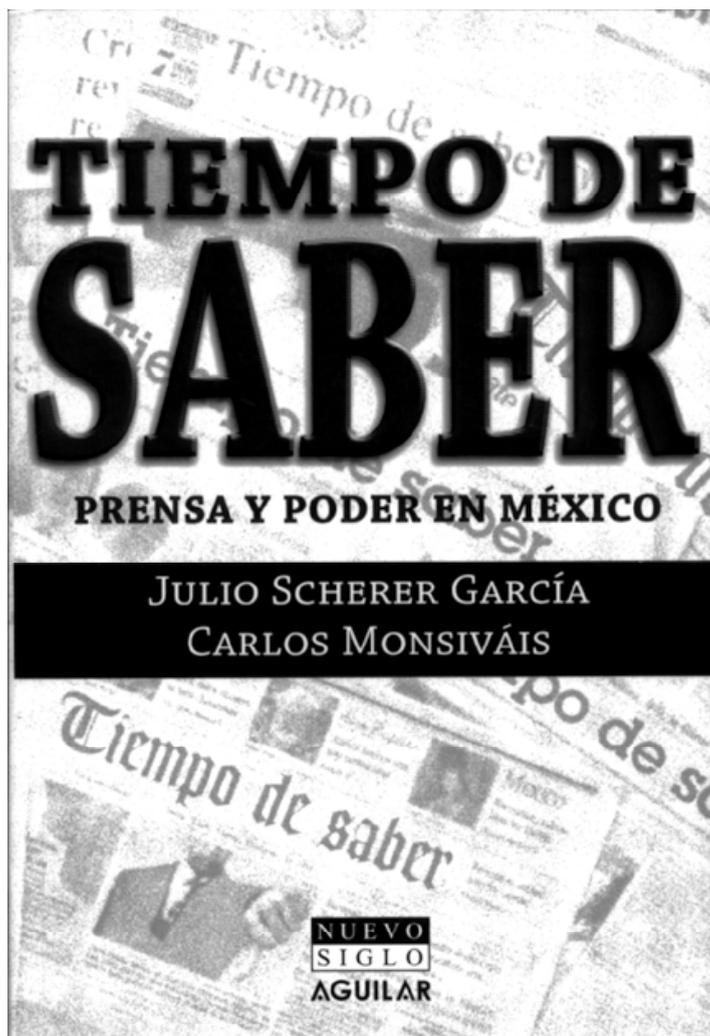
Lo que ocurre en nuestras comisarías no pasa en ninguna otra parte del mundo.

Algo de lo que Scherer pudo dar fe, exactamente cuarenta años después de entrevistar a Cruz, en un libro admirable: *Máxima Seguridad. Almoloya y Puente Grande*. Pero también entrevistó a Siqueiros en la cárcel: *La piel y la entraña*. Y acaba de publicar un libro sobre las víctimas de Pinochet: *El perdón imposible*. Denuncias éstas que resultan centrales en el trabajo de Scherer y que en ocasiones trascienden al entrevistado, a lo puramente personal —aunque nunca dejen de parecer personales. ¿Porque cómo definir esa subterránea presencia que, por lo general, cierto periodismo y cierta literatura revelan al sesgo, fuego fatuo que las cruza de pronto, a veces sin permiso del autor? Graham Greene —quien también fue un gran periodista— decía que andaba buscando al demonio para entrevistarlo. Ésta parece ser una de las más importantes funciones de ese periodismo y de esa literatura: recordar a los hombres que, por más firme que parezca el suelo que pisan y por más radiante que luzca el sol que los ilumina, hay demonios escondidos por todas partes y que pueden, en cualquier momento, provocar una hecatombe. “El periodista escudriña. Cumple así con su deber”, dice Scherer.

La vocación de Julio Scherer en esto no ha tenido pausas ni fisuras al abordar lo que podríamos llamar el Mal en su más inmediata y encarnada acepción, tanto en lo social como en lo político, en la realidad real, por llamarla así. No la política que se escribe en los libros de texto de las carreras de ciencias sociales, no la que tanta gente se imagina, sueña y comenta en los cafés, sino la que se vive y practica día a día, decisión a decisión, acto por acto. La que tiene poco que ver con los valores y las ideas, con las visiones teleológicas —la sociedad ideal, la justicia para todos, la generosidad, el idealismo. Scherer nos señala desde su trabajo periodístico esa política que está hecha casi exclusivamente de maniobras, intrigas, conspiraciones, pactos, traiciones, no poco cinismo y toda clase de malabares y corruptelas. La política de carne y hueso, pues. Porque al político profesional, sea de centro, de izquierda o de derecha, lo que en verdad lo moviliza, excita y mantiene en actividad es el Poder: aspirar



Secuencia del fusilamiento del padre Agustín Pro, 1927



a él, llegar a él, quedarse en él o volver a ocuparlo cuanto antes. Hay excepciones, desde luego, pero eso son: excepciones. Porque casi siempre sucede que quien no es capaz de sentir esa atracción obsesiva, casi física, por el Poder, difícilmente llega a ser un político exitoso. Ahí apunta Scherer sus dardos y da en el blanco en forma invariable.

Pero ese nuevo concepto del periodismo —valiente y certero— del que es precursor Scherer, que sin lugar a dudas ha abierto puertas insospechadas hasta hace unos años a la participación de la sociedad civil en la vida pública de nuestro país, sería imposible sin un elemento que lo envuelve y lo potencia: la calidad literaria de sus trabajos.

En este tema nunca será suficiente insistir. Porque lo primero que tenemos que admitir es que estamos sumidos en la confusión y en la desvalorización de las palabras. La ideología que practican los distintos regímenes y partidos las ha mezclado y revuelto a tal punto que la historia contemporánea es una selva donde los conceptos políticos preestablecidos en vez de orientarnos nos extravían. Si en algún momento fue posible identificar el bien y el mal —o, en términos menos metafísicos, el progreso y la reacción— a través de los idearios y programas que defendía cada cual, hoy en día es del todo

imposible porque las ideas y las palabras que los formulan sirven más para ocultar la realidad que para describirla. Las nociones de legalidad, democracia, derecho, transparencia, libertad, justicia, progreso, significan tantas cosas distintas según la persona o partido que las use que ya no significan casi nada. Por eso, más importante que escuchar el ruido que hacen nuestros políticos, es preferible observar bien, con suma atención, sus acciones. Digo ruido en vez de palabras a propósito. Porque el gran naufragio de las ideas políticas y humanísticas en este principio de siglo —fin de las esperanzas y las utopías— ha traído consigo un extraordinario deterioro de las palabras en casi todos los órdenes de la vida diaria y de la que no es ajeno el periodismo. Reinventar el lenguaje, depurándolo de la escoria que lo ha anquilosado, bajarlo de esa nebulosa abstracta donde anda perdido y arraigarlo en las experiencias concretas de la vida diaria es una labor urgente por hacer y en la que juegan un papel central el periodismo y la literatura. Como en un cuento de Hermann Hesse, es un viejo corrector de galeras de un periódico local, quien gracias a su cuidado obsesivo del lenguaje mantiene y purifica la vida espiritual del pequeño pueblo en que habita. Apenas muere el corrector, junto con el deterioro de la lengua, esa vida

espiritual se debilita y finalmente fenece. Esta imagen no está muy alejada de la de los lingüistas modernos: las palabras y sus elementos constitutivos son campos de energía como los átomos y sus partículas. La atracción entre sílabas y palabras no es distinta a la de los astros y los cuerpos.

Más que nunca, el periodista y el escritor saben que lo literario y lo periodístico son un factor histórico, una fuerza social de gran repercusión y que la hermosa paradoja es que cuanto más literario es el periodismo y más periodística cierta literatura, más históricos y más operantes se vuelven.

En los reportajes y las entrevistas de Scherer las palabras son precisas, certeras, cortantes y tajantes en su misión más inmediata: abrirse paso al corazón de las personas y las situaciones que trata. Ese “lenguaje-vehículo pero también lenguaje-cuchillo y lámpara de minero”, de que hablaba Octavio Paz. Además, con un ritmo y una capacidad metafórica admirables. Por ejemplo, esta descripción de la voz de Chou En-lai, en una entrevista que le hizo en 1971:

Hay voces, como conductas, que se parecen al acero. La voz de Chou En-lai es una de ellas.

O esta otra de una entrevista con André Malraux (y que no ha sido rescatada en libro, por cierto):

Tiene la mirada tres llamaradas: cuando odia, cuando ama, cuando se inmoviliza en la reflexión profunda. La de Malraux es introspección patética. Se duele el escritor en la búsqueda de lo que quiere expresar. Sus ojos, sólo luz, son el centro de una cara que se resuelve en labios que se retuercen, tics que se multiplican. Toca lo angustioso este rostro conocido en el mundo entero, admirado por Mao Tse-Tung, respetado por De Gaulle, amado por Nehru, odiado por los verdugos de la Gestapo, venerado por los republicanos. Malraux se agita en su silla como en un velero. Sufre y verlo hace sufrir. Bebe como quien fuma. El movimiento que lleva el whisky a los labios tiene el suave ritmo del gimnasta. Aquietan la atmósfera estos segundos de sosiego, de cabal dominio del escritor sobre sí mismo.

No he leído mejor descripción del autor de *La condición humana*, cuando es uno de mis autores predilec-

tos y he leído cuanto libro y artículo he encontrado sobre él.

De Siqueiros:

Los ojos verdes de Siqueiros están inyectados. Dice que esto se debe a que pintó toda la noche alumbrado por una lámpara de gas. Le negaron las autoridades del penal la luz eléctrica, pero él se empeñó en continuar un cuadro con escenas de la visita dominical a los reclusos de la Penitenciaría. No se detuvo, porque percibió dentro de sí esa claridad que algunos llaman inspiración... Bien observados, los ojos de Siqueiros parecen el cuadro de un impresionista. Incontables estrías rojas los marcan por todos lados. La córnea ha cedido el espacio a esas líneas diminutas que tienen la finura de las astillas ínfimas. El artista se frota los ojos y acaba por protegerlos con unas gafas de cristales redondos, cuyo armazón carece de una “pata”, lo que les da una apariencia vieja y miserable. Así se ve también el pintor, viejo y gastado, con su traje de presidiario, el gesto triste y la humilde gorra entre las piernas.

Esa sustancia inmaterial, huidiza como el azogue, y sin embargo esencialmente humana que es la vida hecha palabra —la imagen que nos deslumbra como un flashazo, la anécdota necesaria para adentrarse en una situación o en un personaje, la denuncia demolidora y descarnada— es el prisma a través del cual las entrevistas y los reportajes de Julio Scherer nos muestran el mundo, su mundo, nuestro mundo, el que él vino a develarnos para entendernos y conocernos mejor. Una realidad real, decíamos, brutalmente real, pero también suspendida y sutil como en las descripciones antes mencionadas, en las que la materia periodística parecería haberse contaminado de una cierta idealidad poética, disolviéndose íntimamente, dotada de la misma calidad evasiva de la luz. Pero Scherer se detiene ahí. Mejor dicho, antepone siempre al periodista “que escudriña”, como quien rasca en la tierra para encontrar su centro. Lo que entrañan muchas de sus escenas descriptivas, algunas plenas de confusión y desvarío, por obra de su prosa se vuelven claras, limpias y exactas. Y es precisamente la templanza que envuelve a esos episodios excesivos —hay que releer nomás algunas de las entrevistas de *Máxima seguridad*— lo que involucra la sensibilidad del lector. Éste,

Sólo este periodismo literario dispone del elixir para dejarnos una imagen imperecedera de un personaje trascendente.



Roberto Cruz, Luis N. Morones, Plutarco Elías Calles, Carlos Riva Palacio, Aarón Sáenz, Juan Andreu Almazán, Narciso Bassols, entre otros

Más que nunca, el periodista y el escritor saben que lo literario y lo periodístico son un factor histórico, una fuerza social de gran repercusión.

desafiado por el dominio del lenguaje del periodista-literato, reacciona, entra emotivamente en la trama, se conmueve y *cree*.

Casi han aparecido en forma simultánea *El indio que mató al padre Pro* y *El perdón imposible* (aunque éste viera en el 2000 una primera edición en Aguilar). Los separan algo así como cuarenta años en su gestación, pero la belleza del estilo y la contundencia periodística son las mismas. Baste revisar este breve fragmento de la entrevista con Pinochet en *El perdón imposible*:

Sentí su pesado rostro sobre el mío, los ojos de un azul impreciso, confundidos la acuarela y el acero.
—Estoy aquí para entrevistarlo, general.
Inició un monólogo: el cáncer marxista, la patria recobra-

da, el heroísmo de las fuerzas armadas, la fe, la justicia, la reconstrucción nacional.

Sólo este periodismo literario dispone del elixir para dejarnos una imagen imperecedera de un personaje trascendente. Por ejemplo, este Pinochet que ya es más *real* que el que pudo habitar en la realidad real:

Insistí. El periodista escudriña, cumple así con su deber. Nada iguala al diálogo espontáneo, inapreciable como testimonio político y humano. Exasperado, Pinochet elevó la voz. Percibí su registro nasal. Se puso de pie, yo también. Erguido y escultórico, horizontal el brazo derecho y extendida la mano, señaló hacia la puerta como quien señala al abismo. U